

mente la presente sagrada festividad, no puedo dexar de repetiros, que la verdadera devocion consiste en la prontitud del ánimo, y buen deseo de agradar y servir á Dios. Baxo cuyo supuesto, por poca reflexion que hagais, conoceréis si sois verdaderos devotos del Señor y de su Madre. Quizá pensariais serlo, estrenando oy un nuevo, rico, costoso vestido, cubriendo la mesa con abundantes delicados manjares; Que error! ¿Acaso pueden agradar á Dios, y á su santísima Madre esos excesos? ¿Pueden ser efectos de una verdadera devocion? ¿No nacen de la vanidad, y de la gula? Por mas que troqueis los nombres de las cosas, llamando virtudes á los vicios, no lograréis que los vicios sean virtudes, que sean devocion la vanidad, y la gula. ¡Qué mal instruidos estais en los principios de nuestra Religion! ¿Quereis adorar al verdadero Dios, como adoraban los gentiles á Júpiter, y á Baco? Pensais adorar en espíritu y verdad á un Dios que se hizo pobre, hijo de una Madre pobre, mientras que rozais galas, y saciais vuestros apetitos? ¿A un Dios misericordioso, hijo de una Madre misericordiosa, mientras que no socorreis á tantos que claman hambrientos, desnudos, enfermos, encarcelados? ¿Como esperais oír de la boca del Señor: Venid benditos de mi Padre? ¿Como no temeis, que el Señor os diga: id malditos desapiadados al fuego eterno? Desengañaos, amados hermanos míos: para ganar una sentencia favorable en aquel justo tribunal, debeis imitar á María señora nuestra, ser modestos en el vestido, parcós en la comida, para que ahorrando gastos superfluos podais socorrer á los pobres, y dar á la virtud de la misericordia lo que quitais á la vanidad, y á la gula. Esto es lo que la Iglesia intenta en este dia proponiéndonos la gloria, que alcanzó la Virgen en premio de su misericordia. Esto desea nuestra amorosa Madre, y para conseguirlo nos ofrece su proteccion poderosa. Implorémosla, Hermanos míos, con la mayor humildad, diciéndola con las pa-

palabras de la Iglesia: Mostrad con las obras que sois nuestra Madre. Limpiad, aligerad nuestras almas de terrenos afectos; abrid en nuestro corazon el camino de la virtud, desembarazadle de vicios, para que siguiendo vuestros pasos subamos al cielo, lleguemos á ver en compañía vuestra á vuestro Hijo, que reyna con el Padre, y con el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

SERMON XXX.

DE LA ASUNCION DE MARÍA
SEÑORA NUESTRA. (*)

María optimam partem elegit, quæ non auferetur ab ea. Luc. c. X.

Tr
I. Habiendo predicado no sé quantas veces de la Asuncion de María señora nuestra á los cielos, Ilustrísimo señor mi Señor, bien puedo decir con san Leon¹, ser muy difícil hablar muchas veces digna y aptamente de un mismo asunto. Aunque en esta ocasion debo confesar, que mi dificultad no proviene de la cortedad del asunto, sino de la cortedad de mi ingenio: porque quanto mas sublime é inefable es el asunto, tanto mas copiosa materia da para su elogio; y jamas puede faltar que decir, quando nunca puede ser bastante lo que se dice. Así se explicaba aquel eloqüentísimo Padre de la Iglesia en uno de los muchos sermones que predicó de la Pasion y muerte de nuestro

L 2

Re-

(*) Predicado en la santa Iglesia de Valencia el año de 1765.
¹ S. Leo, Ser. II. de Pass. Domini.

Redentor Jesu-Christo. Y así debo explicarme yo, Hermanos míos, habiendo de hablar de la muerte y Asunción de María señora nuestra á los cielos. Porque si bien es infinito el exceso que Christo Dios verdadero lleva á su madre María, pura criatura, con todo la excelencia y la gloria de esta queda en la clase de inmensa: de modo, que por mucho que se diga, jamas se apura el asunto, siempre resta mucho mas que decir en su alabanza.

2 Y esto que se verifica de María Santísima en su Concepcion, Nacimiento, Anunciacion y demas misterios de su vida, con mayor propiedad se verifica en su muerte, y Asunción á los cielos; quando estuvo mas que nunca llena de gracia, y quando elevada sobre los coros de los Angeles, Arcángeles, Potestades, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines, y colocada junto al solio de la Trinidad Beatísima, consiguió una gloria no solo inefable, sino verdaderamente incomprehensible. Porque si san Pablo ¹ decia, que ni los ojos han visto, ni los oidos han oido, ni cabe en el pensamiento humano la bienaventuranza que Dios tiene preparada para los que le aman; ¿quien puede comprehender, decia san Bernardo ² la gloria que el Señor tenia destinada, y concedió en este día á la Madre que le engendró en sus entrañas, le crió á sus pechos, y le amó mas que todas las criaturas?

3 Ríndase pues, ó para decirlo con las mismas palabras de san Leon ³, sucumba mi rudeza á la inmensa gloria de María, y reconózcase incapaz de aplaudirla dignamente. Sin embargo siguiendo el exemplo y la doctrina del mismo santo Padre, para cumplir con la obligacion de mi ministerio, y no defraudar vuestra devocion, debo, Hermanos míos, hablar del misterio que hoy celebramos, del modo que lo permita mi

¹ I. Corint. c. II. ² S. Bern. serm. I. de Assump. ³ S. Leo loc. cit.

mi insuficiencia. Y supuesto que la última vez que prediqué en este día os propuse á la Virgen semejante á aquella muger llamada Marta, que, segun nos refiere el evangelista san Lucas, fué muy officiosa y solícita en servir á Jesu-Christo hospedado en su casa; me parece ser consiguiente os proponga á María Santísima semejante á la otra María hermana de Marta, que puesta á los pies del Señor, estuvo dulcemente embelesada en oírle, contemplarle y amarle. Quiero decir, que siendo, segun enseñan los santos Padres aquellas dos hermanas simbolos de la vida activa y contemplativa, y simbolos tambien de María señora nuestra, despues de haberos manifestado los ejercicios de la vida activa de María, pienso mostraros los ejercicios de su vida contemplativa. Mas claro, habiéndoponderado entónces las excelentes obras de misericordia, con que la Virgen mereció alcanzar en el día de su Asunción á los cielos el premio de la mayor gloria, intento haceros ver esta mañana, que aun la mereció mejor con la contemplacion y amor de la Divina bondad.

Y para conseguir mi designio, Hermanos míos, me ceñiré á hablaros solamente del tiempo que vivió María Santísima en este mundo despues de la muerte de su amado Hijo. Porque fuera de que entónces fué su vida enteramente contemplativa, he hecho el ánimo de ser de aquí adelante ménos prolixo de lo que he sido hasta ahora, para imitar á los santos Padres en la brevedad, ya que no puedo en la eloquencia ni en el zelo. Y con esta inteligencia os ruego, y espero me oigais con atencion por un breve rato.

4 Muchos se admiran de que sean tan pocas las noticias que nos dexaron los evangelistas de María señora nuestra, pues nada nos dicen de su Concepcion, nada de su Nacimiento, ni la nombran hasta que llega el caso de referirnos la Encarnacion del Hijo de Dios en sus purísimas entrañas. Despues muy de paso, y

como por incidencia escriben algunas de sus acciones. Pero aun es mas de admirar, que san Lucas habiéndolo compuesto un libro para narrar los Hechos de los Apóstoles, despues de la Ascension del Señor, solamente en su principio nos refiere, que se congregaron en el cenáculo, en donde permanecieron orando en compañía de María Madre de Jesus; y nada mas: ni una palabra del resto de su vida, ni del lugar, del tiempo, y del modo de su muerte. Y no pudiendo atribuirlo á descuido, debemos juzgar, que san Lucas tuvo muchas buenas razones de su silencio.

5 San Epifanio¹ discurre que los Escritores Sagrados de propósito ocultaron la prodigiosa vida de María despues de la muerte de su Hijo, para que no asombrara, ni pasmara á los hombres su noticia. Y aunque en esta parte debemos venerar la piedad de aquel santo Padre, no podemos seguirla, mientras que puesto en el empeño de impugnar á los hereges, que con sus lenguas blasfemas se atrevieron á manchar la pureza de la Virgen, se dexó llevar, ó como se explica el cardenal César Baronio², arrebatado del ímpetu ó vehemencia de su devoción hasta el extremo de dudar de la muerte de María señora nuestra. Porque es cierto, y debemos creer que murió la Virgen, como murió su divino Hijo; y así la Iglesia en este día no ménos celebra su dichosa muerte, que su gloriosa Asuncion á los cielos.

El Angélico doctor santo Tomas³ con la piedad y solidez que acostumbra, nos enseña, que María Santísima estuvo adornada de todos los dones y gracias en el grado mas excelente; pero que no tuvo el uso, ó exercicio de todas ellas, sino en quanto competia á su condicion. Del don de sabiduría, dice el santo doctor, tuvo el uso para conocer y contemplar las perfecciones

¹ Hær. 78. §. II. ² Bar. ad ann. 48. §. II. & 12. ³ S. Th. 3. p. q. 27. art. 5. ad 3.

nes y misterios divinos, mas no para enseñarlos á los hombres. Ni de la gracia de hacer milagros usó María Santísima mientras vivió en el mundo, como ni tampoco los hizo el Bautista: porque debiendo entonces confirmarse la verdad de la doctrina de Jesu-Christo, convenia, que solo el Señor, y los apóstoles que eran sus operarios, hiciesen milagros. Así pues, habiéndose propuesto san Lucas referir, como se propagó en el mundo la fe, y religion christiana, no correspondia que hablase de María señora nuestra, que no fué elegida para predicar el Evangelio.

6 Como quiera, de este silencio, verdaderamente misterioso, bien podemos inferir, Hermanos míos, que María Santísima despues de la muerte de su Hijo vivió separada del comercio del mundo, recogida en la casa del evangelista san Juan, y enteramente dedicada al exercicio de la oracion ó contemplacion. Antes, mientras vivió su Hijo Jesus, se empleó en asistirle como buena Madre, y en servirle como una humilde esclava suya. Entónces fué Marta solícita laboriosa, y mucho mas laboriosa que Marta. Porque esta muger rica pudo tener el trabajo de cuydar que sus criadas previniesen la comida para su huésped Jesu-Christo; pero María no teniendo criadas á quien mandar, hubo de guisar, fregar, barrer, y hacer por sí misma quanto hacen en sus casas las mas pobres mugeres. Y á mas de esto con el trabajo de sus manos, segun escriben los santos Padres hilando, cosiendo, ó texiendo ayudó á su esposo Joseph á mantener á su Hijo Jesus. ¡O Marta prodigiosa! exclama nuestro gran Prelado santo Tomas de Villanueva. Mas que Marta? Ni hubo, ni puede haber en el mundo tal Marta.

Pero al mismo tiempo que María señora nuestra mejor que Marta exercitó con su hijo las obras de misericordia propias de la vida activa, tambien se exercitó en las que son propias de la vida contemplativa. Porque trabajaba orando, y oraba trabajando: Marta ser-

servía á Jesus como á su dueño, y María le adoraba como á su Dios: hasta que despues de su muerte dexando de ser Marta, fué toda María. Ya no perturbáron su ánimo los cuydados, ya no afigiéron su corazon las penas, ya no fatigáron su cuerpo los trabajos: ya no fué Marta solícita laboriosa; sino que como María dedicándose del todo á la contemplacion, eligió, y se llevó por entero la mejor parte. *Maria optimam partem elegit.* Con cuyas palabras nos dió á entender san Lucas, que aunque son muy buenos los ejercicios de la vida activa, son mucho mejores los de la contemplativa.

7 Y esto mismo conoció Séneca, quando puesto á graduar la bondad de las cosas criadas, atendiendo el orden ó respecto que unas dicen á otras, y advirtiéndolo que Dios crió todas las cosas visibles para beneficio del cuerpo humano y de sus sentidos, que produjo los sentidos para que sirvan al entendimiento y á la voluntad, y que dió á nuestras almas estas dos nobles potencias para que las empleemos en conocer y amar al Criador; concluyó diciendo, que el conocimiento y amor de Dios es lo mas perfecto, el sumo bien, y la bienaventuranza del hombre. Pues si los filósofos gentiles hicieron tanto aprecio de aquel conocimiento y amor de Dios, que pudieron adquirir con las luces y fuerzas naturales: ¿que alto concepto debemos nosotros formar del conocimiento y amor de Dios que adquieren en la oracion los santos, ayudados con las sobrenaturales luces de la fé, y con los auxilios de la gracia? Y quan altísimo concepto debemos formar del conocimiento y amor de Maria Santísima, cuyo entendimiento estuvo ilustrado con el don de la mas sublime sabiduría, cuya voluntad estuvo inflamada con el mas ardiente fuego de la caridad, cuya memoria, segun dice nuestro Evangelista ¹, fiel conservaba quanto habia visto hacer, quanto habia oido decir al mismo Dios?

¹ Luc. c. II.

Dios? ¿Y acaso, preguntaré con Isaías ¹, la mejor madre pudo olvidar jamas accion ó palabra alguna de su amado unigénito Hijo? O bien le contemplaba concebido en su útero virginal, ó nacido en un pesebre, ó dormido en su regazo, ó arrimado á sus pechos. O bien le contemplaba predicando en las ciudades, y en los desiertos, ó aplaudido de las turbas, ó perseguido de los Fariseos, ó muerto en una cruz, ó resuscitado, ó triunfante en los cielos. Y penetrando la profundidad de tantos misterios, se elevaba su mente sobre el empíreo á contemplar la esencia, y los atributos de Dios. Volabas, ó águila generosa, volabas mas alto de lo que puede alcanzar mi débil vista.

8 Y no es ménos difícil, hermanos míos, registrar los senos de su voluntad, ó corazon enamorado de Dios. Porque si bien la contemplacion es acto del entendimiento, segun enseña S. Tomas ², nace de la voluntad; ó por mejor decir, el entendimiento y la voluntad concurren, y recíprocamente se ayudan en el ejercicio de la oracion. La voluntad mueve al entendimiento á que contemple la bondad de Dios, á quien ama: y quanto mas contempla y conoce el entendimiento la Divina bondad, tanto mas se inflama la voluntad en su amor. Siendo pues tan elevada la contemplacion de Maria Santísima, ¿quan ardiente sería su caridad? Siendo infinito el amor de Dios para con su madre, é inestimables los favores que la dispensaba, ¿quan fina sería la gratitud y correspondencia de la Madre para con su Hijo Dios? Y hallándose Maria libre de toda culpa, de la rebeldía del apetito, de afectos y pensamientos terrenos, y por consiguiente de distracciones, fué toda su vida, singularmente despues de la muerte de su Hijo, un perene continuo ejercicio de la mas fervorosa oracion. ¡Qué dulces serian sus coloquios con Dios! ¡Quan frecuentes sus éxtasis, raptos y deliquios! ¡Quan perfecta

Tom. II.

¹ Isai. c. XLIX. v. 15. ² S. Th. 2. 2. q. 180. art. 1.

gloria, que como os dixé al principio, mas puede admirarse, que comprehenderse. Pero no quisiera haber solamente excitado en vuestro corazon los estériles afectos de regocijo y admiracion: deseo que mis palabras produzcan en vosotros los mas abundantes frutos espirituales: deseo que quede impreso en vuestra memoria y corazon lo que acabo de decir de la justicia, con que Dios confiere la vida eterna á los que la merecen con sus buenas obras; y tanto mas lo deseo, quanto mas conozco, que son muy pocos los que temen á la Divina justicia, y muchísimos los que loca y vanamente confían en la Divina misericordia. No negaré, que uno ú otro se condena de desesperado; mas me habréis de confesar, que son innumerables los que se condenan de confiados. Pues continuamente estamos oyendo que los pecadores reprehendidos ó amenazados con las penas del infierno responden, que es infinita la misericordia de Dios, y añaden ser poderosísimo el patrocinio de su Madre María Señora nuestra; y así con esta confianza prosiguen obstinados en sus culpas.

12 ¡Que error! ¡Que lástima! ¡Que injuria haceis á Dios, pecadores, tomando de su infinita misericordia ocasion ó pretexto para ofenderle! Quando, segun decia san Pablo ¹, la benignidad ó misericordia de Dios debe moveros á la penitencia ó arrepentimiento de haberle ofendido, con su desprecio y con la dureza de vuestro corazon atesorais tesoros de ira para llorar sus rigores en el dia de la ira, y del juicio. ¡O deplorable desvario! vuelvo con razon á exclamar, pues por infinita que sea la misericordia de Dios, ni quiere, ni puede el Señor salvar á los que no se arrepienten de sus culpas. Y por mas eficaz que sea la proteccion de María Santísima, ni quiere, ni puede pedir á su Hijo que perdone á los pecadores impenitentes. Desengañaos pues, hermanos míos, deponed esa vana loca confianza en la misericordia de Dios: sea vuestra esperanza

¹ Rom. c. xi.

cuerda, racional, christiana, fundada en la fe de que Dios misericordioso, arrepintiéndose de vuestras culpas, os concederá su gracia, y perseverando en ella hasta la muerte, os dará la gloria como corona y premio de vuestras buenas obras.

13 A mas de esta verdad deseo, hermanos míos, tengais muy presente otra no ménos provechosa, es á saber, que para arrepentiros de vuestras culpas, para perseverar en gracia de Dios, y merecer la gloria eterna, es absolutamente necesario el exercicio de la oracion. Creer que sin la oracion podeis vencer á los enemigos de vuestra alma, resistir sus tentaciones, ir al cielo por el camino de la virtud, es creer, que sin armas podeis vencer á vuestros mas fieros enemigos bien armados, caminar á obscuras y sin guia por una senda angosta y escabrosa, curar sin medicina, vivir sin alimento. Y aun si bien se mira, estos símiles de que se vale la sagrada Escritura, no demuestran bastantemente la gran necesidad que tenemos de la oracion, tanta, quanta es la necesidad que para salvarnos tenemos de los socorros de la Divina gracia, que el Señor dispensa á los que humilde y fervorosamente la piden. Ahora bien. ¿Quereis, amados hermanos míos, salvaros? ¿Deseais ver la inmensa gloria de que goza María Señora nuestra en el cielo? Imitadla en el exercicio de la oracion. No pretendo que vuestra vida sea enteramente contemplativa: me contento con que destineis algun rato del dia para recogeros á contemplar la infinita bondad de Dios, sus perfecciones y beneficios, de modo que vuestra voluntad se inflame en su amor. Vuestras muchas ocupaciones no pueden ser estorbo, ni disculpa para dexar de cumplir con el precepto que el Señor nos impuso de orar, y de orar con freqüencia; pues san Pablo ¹ hablando con todos los christianos, nos decia: Orad á todas horas. Y sin duda mas ocupado que vosotros estuvo David, rey de las doce Tribus

¹ Ephes. c. vi.

de Israel: **mas lo** estuvo Daniel primer ministro del rey de Babilonia: **mas lo** estudiéron otros innumerables santos; y esto **no obstante** fué continua fervorosa su oracion. Por lo **mismo** que estais muy ocupados, y quanto **mas ocupados** esteis en negocios temporales, tanto mayor es el **peligro** de que vuestro espíritu se disipe, vuestro **corazon** se manche con terrenos afectos, y vuestra alma se pierda en el laberinto de este mundo; por consiguiente tanto mayor es la necesidad de orar y pedir al Señor que os guie y lleve al cielo por el camino de la **virtud**.

14 Así lo **conocemos**, amabilísimo Jesus, y ya prostrados á vuestros pies os pedimos, no con la lengua sino con el **corazon** humillado y contrito, no honras, ni riquezas, ni **bienes** terrenos, sino lo que Vos declarasteis ser la **mejor** parte, lo único necesario, la gracia de serviros y **amaros** en esta vida: y la pedimos por vuestros infinitos **merecimientos** y por la intercesion de vuestra Madre, y Madre nuestra María, paraque amándoos en este **mundo**, merezcamos la dicha de amaros eternamente **en** el cielo, y veros reynar con el Padre, y el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amen.

SER-

Sint lumbi vestri præcincti. Luca. c. XII. v. 35.

1 La vanidad y la ignorancia introduxéron en el mundo la costumbre de celebrar los dias en que cumplen años los hombres, como si no hubieran nacido á ser míseros, infelices, mortales y pecadores. La piedad christiana estableció en la Iglesia la práctica de celebrar los dias en que murieron los santos, á los quales llama dias de su nacimiento, porque en ellos sus almas, saliendo de la cárcel del cuerpo, naciéron á la inmortal vida de la gloria. Todos los fieles debemos alegrarnos de la gran felicidad que empezáron á gozar los santos en el dia de su muerte, venerar su memoria, é implorar su patrocinio. Pero al mismo tiempo que la fe nos enseña que el culto de los santos es muy justo y agradable á Dios, nos previene que es muy inferior al que debemos tributar á su Divina Magestad. A Dios criador de cielo y tierra, á Jesu-Christo Redentor de nuestras almas, debemos adorar con una suprema adoracion, con la que reconocemos su soberano dominio, y nuestra sujecion y dependencia. A los santos debemos venerar por aquella parte de santidad y gloria que les ha comunicado el Señor, y aun paraque este culto sea acto de Religion debe dirigirse y terminarse á Dios, como al origen y á la fuente de la santidad que ellos gozan.

2 Lo mismo, oyentes míos, debo deciros á cerca de la invocacion de los santos. Debeis invocarlos muy de

otra

(*) Predicado en Benicalaf.